



Idea Original: Andres Garcia

En un monasterio remoto en las montañas del Tíbet, vivía un monje llamado Lobsang. Desde joven, Lobsang había aprendido los principios del budismo y la importancia de la paz y la compasión. Sin embargo, su vida tranquila se vio alterada cuando las tropas chinas invadieron su tierra.

Un día, mientras Lobsang meditaba, escuchó el sonido de los tambores y los gritos de los soldados. Al salir del monasterio, vio cómo los soldados arrancaban las banderas tibetanas y las reemplazaban con banderas chinas. Lobsang sintió una profunda tristeza, pero también una determinación inquebrantable.

Decidió que debía hacer algo para mantener viva la esperanza de su pueblo. Con cuidado, Lobsang tomó una bandera tibetana y la escondió bajo su túnica. Cada noche, subía a la cima de una colina cercana y ondeaba la bandera en silencio, como un símbolo de resistencia y esperanza.

Los aldeanos, al ver la bandera ondeando en la distancia, se llenaban de valor y esperanza. Sabían que, mientras la bandera siguiera ondeando, su espíritu no sería quebrantado. Los soldados intentaron descubrir quién estaba detrás de este acto de desafío, pero Lobsang siempre lograba eludirlos.

Un día, los soldados finalmente capturaron a Lobsang. Lo llevaron ante el comandante, quien le ordenó que revelara dónde había escondido la bandera. Lobsang, con una calma serena, respondió: “La bandera está en el corazón de cada tibetano. No puedes arrancarla de allí.”

Aunque fue encarcelado, el espíritu de Lobsang y su acto de valentía inspiraron a muchos. Los aldeanos continuaron ondeando banderas tibetanas en secreto, manteniendo viva la llama de la resistencia pacífica. Y así, la bandera tibetana se convirtió en un símbolo de esperanza y libertad, gracias al coraje de un monje humilde.